

LA AUTORIDAD DE LOS DOCUMENTOS ECLESIAÍSTICOS

Estudio a propósito de la Carta Apostólica "Ad tuendam fidem"

Von der Autorität kirchlichen Dokumente. Eine Fallstudie zum Apostolischen Schreiben "Ad tuendam fidem", Stimmen der Zeit 216 (1998) 735-740.

Para la exacta comprensión de un documento eclesiástico lo primero consiste siempre en situarlo en su contexto histórico y determinar su autoridad, para lo cual hay que evitar dos extremos: su infravaloración, interpretando, por ej., una Constitución Apostólica como si fuese una mera exhortación y su sobrevaloración, considerando, por ej., como si fuera un documento vinculante para toda la Iglesia la manifestación personal de un responsable eclesiástico.

El único camino para la justa comprensión de tal documento es una honesta fidelidad intelectual. Hemos de ir a la par con la Iglesia tanto en su firme adhesión a la Revelación como en su búsqueda de una mejor comprensión de los misterios de la fe. No sólo la infravaloración de la autoridad de un documento, sino también su sobrevaloración conlleva un déficit de fidelidad.

El 30.06.1998 salió a la luz pública la Carta Apostólica "Ad tuendam fidem", a la que se le anexó un "Comentario doctrinal". Rápidamente se publicaron numerosos artículos. Existe una considerable diferencia entre ambos textos: proceden de fuentes heterogéneas y poseen una naturaleza distinta. La Carta Apostólica constituye un acto por el que el Papa legisla públicamente. El Comentario es una toma de posición personal, suscrita por el Prefecto y el Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Muchos comentaristas se han ocupado más del contenido de los textos que del contexto histórico y de su grado de autoridad. Estas omisiones reclaman la aclaración de algunos aspectos importantes de su trasfondo y del grado de su autoridad vinculante. Dichos aspectos son los siguientes: la introducción de nuevos cánones en el *Codex Iuris Canonici* (CI C); la autoridad del Comentario; el significado del concepto "enseñanza definitiva", y el problema de la ampliación de la confesión de fe.

Los nuevos cánones

La Carta Apostólica justifica la introducción de nuevos cánones apelando a una laguna en el Código de derecho canónico (CIC): los autores no habrían encontrado ninguna orientación para regular la aceptación o el rechazo de una enseñanza de la Iglesia propuesta como "definitiva". En descargo de los expertos que elaboraron el nuevo Código hay que reconocer que no podían haberse apercibido de tal laguna porque la categoría de una enseñanza "definitiva" todavía no existía. Históricamente, esto significaría: "Cuando se desarrolló el concepto de enseñanza definitiva en los documentos de la Santa Sede, fueron necesarios nuevos cánones".

Los nuevos cánones que amenazan con penas el rechazo de una enseñanza "definitiva" no implican ampliación alguna del derecho penal eclesiástico. Los posibles casos

quedaban incluidos en el documento sobre el particular emanado de la Congregación en 1997. Los nuevos cánones sólo reafirman que las infracciones serán castigadas.

No hace mucho, tras el Vaticano II, los historiadores de la Iglesia habían llamado la atención sobre el hecho de que los "signos de los tiempos" habían dado un vuelco. Los Padres conciliares no quisieron que en sus documentos hubiesen amenazas o castigos: confiaban en que la fe atraería a los seres humanos con su propia fuerza persuasiva y su belleza. En cambio, actualmente esa primera reforma del CIC de entonces esto es lo que justamente contiene: amenazas y castigos.

Pese a ese aspecto negativo del cambio -y sin oponernos a élla introducción de nuevas normas posee, no obstante, una dimensión positiva. Puede ser un primer paso de un proceso de reforma. Se ha roto la rígida unidad de los cánones y, por primera vez desde 1983, se ha aplicado el principio de adaptar el CIC al desarrollo doctrinal. Es justo que, a medida que progresa la comprensión de sus enseñanzas, la Iglesia modifique su legislación. Desde el Concilio se ha progresado enormemente en la comprensión de la Iglesia como *Communio*, se ha tomado conciencia de los pluriformes carismas de los laicos, tenemos un concepto más profundo de la pluralidad de las Iglesias locales y cada vez es más estrecha la relación con las demás Iglesias cristianas. De hecho, poco a poco, se ha profundizado en la comprensión de los misterios de la fe. Tenemos de las cosas una perspectiva más amplia y esto reclama nuevas normas de acción.

Las iniciativas de la Carta Apostólica de reformar el CIC pueden, pues, preparar el camino para ulteriores reformas, no en forma de restricción, sino de enriquecimiento.

El problema de la enseñanza "definitiva"

Ese problema de la enseñanza *definitiva*, que ha introducido desde hace un par de décadas el magisterio romano, plantea un grave problema a los teólogos católicos.

Sólo en documentos recientes del magisterio romano se entiende el concepto de enseñanza definitiva en un sentido nuevo. Ciertamente que la expresión de enseñanza definitiva la empleó el Vaticano II. Pero lo hizo justamente para referirse a una enseñanza infalible o del colegio episcopal o del Papa. Toda afirmación infalible es también definitiva. Ya no puede cambiar, sino que ha de aceptarse con un acto de fe. El uso que el magisterio romano hace del concepto definitivo va por otro camino. Una enseñanza definitiva no equivale a una enseñanza infalible. Por consiguiente, no exige ningún acto de fe. Pero debe aceptarse firmemente como una enseñanza irreformable. La pregunta que se plantea aquí es la siguiente: ¿Cómo puede ser irreformable una enseñanza que no es garantizada como infalible por la asistencia del Espíritu Santo?

La nueva categoría de "enseñanza definitiva" -como tal, no como contenido específico de una determinada afirmación- no dispone de la prueba de fuego de un Concilio Ecuménico. Tampoco constituye el resultado de una consulta de todos los obispos y menos todavía el fruto de una discusión crítica de los teólogos. Sí que procede de una fuente oficial, del magisterio "auténtico". Esto constituye un dato nuevo de gran alcance en el ámbito de la teología, que exige estudio y reflexión.

Es preciso advertir que "enseñanza definitiva" en el nuevo sentido no puede confundirse con el denominado "objeto secundario de la infalibilidad", una categoría que se desarrolló en el Vaticano I y se halla del todo integrada en la comprensión de la Tradición.

Teológicamente, lo correcto sería reconocer abiertamente que aquí se trata de un desarrollo doctrinal que se refiere a la capacidad que posee la Iglesia de manifestarse definitivamente sobre una cuestión que, desde un principio, no forma parte de la revelación y, consiguientemente, a la obligación de los creyentes de aceptar una tal manifestación. Como siempre hay que dejar pasar algún tiempo -posiblemente a lo largo de varios pontificados hasta que pueda constatarse, tras madura reflexión y estudios, cómo y hasta qué punto la nueva categoría expresa la Tradición de la Iglesia.

El "Comentario doctrinal"

El Comentario en cuestión ha sido calificado por muchos intérpretes de "Documento de la Congregación de la Fe". Se trata de un caso claro de sobrevaloración de la autoridad de un texto y de su fuerza vinculante, y que la falsea. No hay razón para calificar así un comentario. De acuerdo con la forma de proceder de los dicasterios romanos, una declaración de este tipo de la Congregación como órgano colegial debía ser ratificada y aprobada por el Papa, al menos de "forma general", lo cual significa que el Papa da su asentimiento a la publicación, aunque no considere su contenido como propio. Debemos, pues, concluir que se trate de una toma de posición personal de los máximos responsables de la Congregación y no una declaración oficial de la Sede Apostólica.

En el Comentario se afirma: "La Iglesia ha publicado una nueva lista de doctrinas infalibles"; "La Iglesia tiene la obligación de reafirmar algunos puntos de su doctrina". Tales afirmaciones, reproducidas de ésta o parecida forma en la prensa, no son correctas y significan una sobrevaloración de la fuente y de la autoridad del Comentario.

En realidad, de lo que tiene obligación la Iglesia es de no modificar ninguna de sus enseñanzas. La Carta Apostólica *Exorcismorum* de León XIII (I 3.09. 1896) declaraba las ordenaciones anglicanas como "completamente inválidas y totalmente nulas". La autoridad que tenía dicha Carta en 1896 es exactamente la que tiene ahora. Es cierto que en los últimos tiempos han surgido serios impedimentos para el diálogo entre la Iglesia católica y la anglicana. Pero, por más que lo sugieran algunos comentaristas, no hay razón alguna para considerar que el Comentario supone un nuevo impedimento.

Lo mismo vale para otros "ejemplos" que propone el Comentario. Independientemente de cómo se los califique en él, su calificación permanece idéntica a la de antes.

La nueva confesión de fe

En 1989 la Congregación publicaba una nueva fórmula de "confesión de fe". Presenta tres añadiduras al credo niceno-constantinopolitano. Primera: "Creo todo lo que Dios ha revelado, aunque no esté en el credo". Segunda: "Acepto y mantengo firmemente lo que la Iglesia propone como definitivo". Tercera: "Admito con religioso "obsequio" todas las enseñanzas oficiales, aunque no se formulen como definitivas". El término

"obsequium" posee distintas versiones: obediencia, respeto, sumisión. El antiguo credo y esas añadiduras constituyen un conjunto al que se denomina *professio fidei* (profesión de fe). Dicha profesión han de pronunciarla todos los que se ordenan o los que asumen una función en la Iglesia.

En nuestra época ecuménica una confesión de fe no puede ser un asunto meramente interno de una Iglesia, sino que posee una dimensión ecuménica. El Vaticano II estableció claramente que nosotros estamos en una comunidad parcial junto con las otras Iglesias y comunidades cristianas. También ellas pertenecen a la Iglesia de Cristo. De ahí que se plantee la pregunta: ¿La imposición de una confesión de fe en la Iglesia católico-romana contribuye a la causa de la unidad?

El año 451 determinó el Concilio Calcedonense que "nadie puede presentar, redactar o concebir otra confesión de fe que no sea la de los Concilios de Nicea y Constantinopla". Las Iglesias cristianas han aceptado con profundo respeto este decreto en todo el mundo y le fueron fieles a lo largo de los siglos con la única excepción del Filioque que añadió la Iglesia latina. La Iglesia griega rechazó dicha añadidura, no tanto por su contenido, sino porque con esto se desestimaba el decreto de un concilio ecuménico. Al menos el respeto a Calcedonia debía retenernos. Lo que se ha hecho y el modo como se ha hecho es enteramente nuevo. En toda la historia de la cristiandad no existe un precedente de ello.

Con esto a los ecumenistas de todas las Iglesias se les plantea la difícil cuestión de si la Iglesia católico-romana tiene la intención de poner como condición para la unidad la aceptación de esta nueva confesión de fe.

Conclusión

El significado de los dos documentos puede resumirse así:

1. La Carta Apostólica no aporta ningún cambio esencial a nuestro sistema jurídico eclesiástico. El Comentario no es ni un documento del magisterio oficial ni una contribución al desarrollo de la teología.
2. Ambos textos subrayan la existencia de una enseñanza *definitiva* en un sentido nuevo, sin dar explicación de su naturaleza.
3. Ambos documentos defienden la nueva concepción de una "confesión de fe". No hay duda de que dicha concepción va contra un decreto del Concilio de Calcedonia y puede constituir un impedimento para el ecumenismo.
4. En su introducción, la Carta Apostólica manifiesta desconfianza hacia los teólogos: "Para defender la fe de la Iglesia Católica contra los errores que se esparcen por parte de algunos fieles, en especial de aquéllos que se dedican a la teología..." Semejante desconfianza -sean cuales fueren sus causas- es una herida en el cuerpo de la Iglesia y todos nosotros hemos de procurar ponerle remedio.
5. Para que se realice una interpretación correcta y una recepción de estos -y de otros muchos- documentos, debemos recordar que ellos son válidos en la medida en que

anuncian la Revelación y hacen que el pueblo de Dios penetre en el misterio de la fe y lo abra a la acción del Espíritu de Dios.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA